

Seix Barral Biblioteca Breve



Lluís Llach

Las mujeres de la Principal





Seix Barral Biblioteca Breve

Lluís Llach

Las mujeres de la Principal

Traducción del catalán por
Rosa Maria Prats

Título original: *Les dones de la Principal*

© Lluís Llach, 2014

© por la traducción, Rosa Maria Prats, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: octubre de 2014

ISBN: 978-84-322-2401-0

Depósito legal: B. 18.191-2014

Composición: Víctor Igual, S.L., Barcelona

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S.L., Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del *copyright* de la imagen que ilustra esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

EN LA MECEDORA

Jueves, 7 de noviembre de 1940

Úrsula subió al primer piso para hacer lo que siempre hacía cuando la dejaban sola: se sentó en la mecedora del señor Andreu, hurgó en la memoria en busca de la imagen de ese hombre y se dijo «que en paz descanses».

Después, también como siempre, sumergió la vista entre los muebles y objetos que llenaban la sala noble de la Principal. «Hay demasiados», pensó. Y es que, desde que instalaron el gran piano de cola, el salón le parecía atestado. Por cierto, tendría que subir con el plumero porque, encima de la tapa lacada y a contraluz de cualquier ventanal, el polvo denunciaba que no había limpiado desde hacía tres días. En realidad ya no servía para mucho más que para eso: para quitar el polvo. Pero los años al servicio de la casa y el aprecio que le tenía Maria le otorgaban algún privilegio. Como esa mañana en que, mientras los sirvientes y trabajadores de la Principal acompañaban obligados a la Señora a oír misa en el Mas Gran, la masía familiar, ella quedaba dispensada.

En esos momentos, cuando se quedaba sola del todo, subía a las estancias de los amos y se sentaba en la mecedora de Andreu. Se acomodaba con prudencia y disponía con cuidado un pequeño cojín para apoyar la cabeza. Una vez allí, comenzaba a repasar los objetos, como si fueran nuevos a su mirada, y siempre había alguno que la transportaba desde sus recuerdos hasta el umbral de los sueños.

Estaba casi instalada, pero por la rendija de una puerta entornada vio un rayo de claridad. Procedía de la biblioteca. Ah, Maria había olvidado otra vez apagar la luz. «Hace ya días que la niña se encierra demasiadas horas», murmuró incorporándose. Entró en la estancia para apagar la lámpara que iluminaba la mesa de lectura, repleta de papeles, planos garabateados, escritos corregidos, libros con números... No sabía qué preparaba la niña, pero seguro que algo le rondaba. Y algo gordo, porque incluso había prohibido que nadie de la Principal entrara en ese lugar. Únicamente a ella se lo permitía, con un permiso especial para airear las alfombras, fregar el suelo y limpiar el polvo de los muebles, después de hacerle jurar por Dios y su Santa Madre que no tocaría ni un solo papel u objeto.

Volvió refunfuñando a la mecedora. Los asientos que hacen virtud del desequilibrio son traidores, tanto al entrar como al salir de ellos, y todavía más a la edad en que la fuerza se ha escurrido de los brazos y de casi todo el cuerpo. Buscó una buena postura y, cuando recomenzaba el ritual, le pareció que sonaba el picaporte del caserón, muy tenue. Se imaginó a alguno de los críos del pueblo entreteniéndose en travesuras por las puertas de las casas y no quiso hacer caso. La pereza la poseía y no pensaba levantarse otra vez. Entrar en la biblioteca le había avivado el recuerdo de cuando la Vieja, que así era como todo

el mundo llamaba a Maria Roderich, madre de la actual señora, organizó aquella magnífica sala de lectura en homenaje a su marido, Narcís Magí. Ah, sí, fueron tiempos magníficos...

La Vieja y la Principal. Sueño

Era muy cierto que aquella mujer tenía un carácter fuerte y gestionaba la hacienda como si mandara un cuartel, pero el sobrenombre de la Vieja ya se lo habían endosado cuando apenas tenía veinte años, justo cuando heredó casi todas las posesiones de los Roderich en Pous, después de que la filoxera devastase la Abadia. Gobernar la Principal, su bodega, las tierras y negocios no era fácil para una mujer nacida en el último tercio del siglo XIX. Pero si, además de ser hembra, poseía un patrimonio envidiado en toda la comarca y disfrutaba de un estatus que generaba turbios celos entre los machos dominantes que la rodeaban, entonces la dificultad devenía colosal.

En Pous, todos opinaban que un buen matrimonio podía arreglar ese desajuste entre naturaleza y conveniencias, colocando a un hombre de bien en la cima de la mansión más rica del pueblo. Sin embargo, cuando Maria Roderich decidió casarse escogió a un varón tan cargado de bienes y riquezas como desinteresado en el ejercicio de los poderes terrenales, por decirlo de algún modo. Seguro que la Vieja se casó enamorada, aunque, según el parecer de la gente más lista del pueblo, se añadían dos conveniencias favorecedoras: llenar la caja de caudales y seguir manteniendo el mando de la Principal.

Los padres de Narcís Magí se contaban entre los más acaudalados comerciantes de Rius, pero murieron prematu-

ramente en el naufragio del barco que los devolvía de Londres. Su único hijo, que hacía poco había acabado la carrera de abogacía sólo para satisfacerlos, se convirtió de repente en el heredero de una hacienda más que abundante. Por desgracia, con ella no heredó ambición alguna para multiplicarla, ni siquiera para gestionarla, según criticaban los más selectos socios del Gran Círculo de Comercio de Rius. Así que optó por convertir la imprevista condición de venturoso heredero en una dedicación absoluta al privilegio, como si se tratara de un oficio. Alguien hubiera podido pensar que a semejante personaje le sentarían bien adjetivos como haragán, descreído o tarambana. Nada más lejos.

Narcís evaluó la grandeza de su legado y comprendió que si lo planificaba bien y luego se disciplinaba en los cálculos, viviría de rentas tantos años como los dioses le adjudicaran. Una vez los platillos de la balanza estuvieron bien llenos de ventajas y desventajas, vio la aguja ostentosamente descentrada y no dudó ni un minuto; aprovechó la oportunidad para llevar el tipo de vida que había soñado desde que, falto de vocación, se inscribió en la Facultad de Derecho de Barcelona: pasear, leer, asistir a conciertos, escribir, viajar..., nada que fuera de provecho, según la opinión de mucha gente. Pero aquel joven convirtió el no hacer nada de provecho en un oficio y, si bien al principio se aplicó a ello como un anheloso aprendiz, con el tiempo se convirtió en un refinado artesano.

Era un chico desconcertante, recordaba Úrsula entre somnolencias, con unos comportamientos que vulneraban la lógica de las buenas costumbres. Como, por ejemplo, que después de su matrimonio con Maria Roderich no quisiera quedarse en Rius y, dejando descolocada a la flor y nata del Gran Círculo de Comercio, se trasladara a Pous, un pequeño pueblo medio enterrado en un valle y yermo de horizon-

tes sociales. Otro más: desde que llegó a la Principal había procurado no cambiar nada del latir de aquella casa. Uno diría que se amoldó discretamente, como si no quisiera alterar el orden de las cosas que Maria había ya establecido. Tampoco pretendió el mando económico ni intervenir en la abundante actividad comercial que se llevaba a cabo. Además de no tener instinto para ello, intuía que su mujer no se lo hubiera permitido. Maria manejaba los generosos beneficios y conflictos de la Principal con un sentido de la autoridad que él no anhelaba. Más todavía, le fascinaba contemplar la determinación con que su esposa se hacía respetar, en unos tiempos nada proclives a permitir que una mujer estuviera al frente de algo o de alguien.

Hay que decir que Maria Roderich profesaba una profunda estima hacia aquel hombre sensible, diferente a los demás y, sobre todo, tan diferente a ella misma. En verdad, cuando se miraba al espejo cada mañana no observaba que la ornamentase ni una sola de las virtudes que amaba de Narcís. A pesar de ello, esa falta de coincidencias acababa funcionando como uno de esos engranajes dentados que si no se acoplan bien pueden hacer sangrar, pero que si se ensamblan hacen girar la maquinaria con una extraña precisión. Y, aunque ello fue juzgado un prodigio, la maquinaria giró armónicamente y sin rechinar durante los diez años que convivieron juntos.

De todos los hombres que pulularon alrededor de la Vieja pretendiendo amor o fortuna, Narcís fue el único que le mostraba deferencia y que era capaz de desvelarle algo que no había poseído nunca: curiosidad y ganas de saber. Era un hombre culto y extraño que la consideraba y trataba de igual a igual, que siempre le proponía temas de conversación interesantes o a menudo le pedía su parecer sobre cuestiones que los maridos nunca compartían con sus mu-

jeros. Por primera vez en su vida, la Vieja se sentía obligada a cavilar más las preguntas que las respuestas que tenía que dar. Y si, como pasaba con frecuencia, sus pensamientos o puntos de partida no conjugaban o estaban claramente enfrentados, la contrariedad se convertía para él en un reto, o, mejor aún, en una invitación a buscar los porqués de esa disparidad de criterios y a evaluar las distancias, aunque siempre con la intención de reducirlas, complementarlas o, como mínimo, comprenderlas.

Estas características, inauditas entre los varones que la habían cortejado, la dejaban entre aturrida y maravillada. Maria Roderich se reconocía tozuda y cerrada en el terreno de las creencias religiosas, y se vanagloriaba de ser conservadora y anticuada en casi todo lo demás. Pero Narcís y su modo de enfocar las cosas la hacían entrar en los caminos del discernimiento y, en ocasiones, se encontraba modificando o cuestionando pensamientos que creía inamovibles sin que ese proceso la incomodara. Al contrario, sentía dentro de ella una sensación placentera. Como cuando de niña quitaba lazos y envoltorios para que un nuevo regalo la sorprendiera.

También era palmario que Narcís era un hombre falto de pasiones lo bastante arrebatadas como para satisfacerla por completo, y si bien ese aspecto le preocupó durante el inicio de la relación, Maria pronto valoró esa pobreza de ardores como el precio necesario que había que pagar por el ejercicio del conocimiento, la cultura y la sensibilidad. Así que, sopesándolo todo, se resignó a unas prestaciones matrimoniales escasas para el cuerpo y abundantes para la mente.

Durante muchas horas del día transitaban por senderos distanciados, él dedicado al goce de la reflexión y ella haciendo y deshaciendo dentro y fuera de la Principal. En

los momentos de reencuentro disfrutaban el uno del otro como si se redescubrieran, como si el esfuerzo para acercar sus almas generase energías placenteras. Él, maravillado por una fortaleza que siempre le faltaría, y ella, extasiada por la luz de unos horizontes que sólo su marido le permitía alcanzar.

Fue así como se acostumbraron el uno al otro, y se divertieron creando un ámbito de concordancia, hasta tal punto que a lo largo de los años que convivieron juntos nadie en la Principal recordaría una mirada torva, una discusión agria y mucho menos un mal gesto. Y eso, en un espacio habitado por la Vieja, estaba considerado un milagro para los sirvientes, que previendo tempestades saboreaban armonía.

En todo ese descubrimiento hubo un elemento trascendente, una especie de símbolo de su avenencia: fue el largo piano de cola que Narcís se llevó de la casa de Rius. Presidía desde el centro la sala de la Principal, y desde el primer día, cuando llegaba el atardecer, Narcís se sentaba en el taburete que hacía juego con el instrumento, le cambiaba la altura según su estado de ánimo y se deleitaba tocando un rato. La Vieja se sentaba en la mecedora de su padre, muy cerca aunque dando la espalda a su marido, quizá para proteger la intimidad de los lagrimales o para no ver el esfuerzo mecánico de donde surgía el prodigio. Entonces reclinaba la cabeza, cerraba los ojos y se quedaba como inerte. Sólo una ligera sonrisa en los labios delataba la felicidad que la invadía. Narcís quizá tocara con una técnica limitada, pero tenía talento para la expresión, y de algún modo intuía que acariciando el piano también acariciaba los espacios más sensibles y recónditos de su mujer.

Extrañamente, no se habían propuesto tener hijos, un deber matrimonial de obligado cumplimiento que casi nun-

ca fue motivo de conversación. Un único día la Vieja insinuó que le gustaría la compañía de una niña, pero sin insistir demasiado en ello porque, en todo lo concerniente a los misterios de la cama y sus derivaciones, Narcís se hacía el desentendido. Sin embargo, gracias a la alianza de factores de naturaleza ignota o azarosa, en alguna de las noches de mecánica reproductiva que practicaban espaciadamente, Narcís la dejó preñada, cuando ya Maria había perdido toda esperanza. Desde luego, no se hacía a la idea. Y las lenguas viperinas del pueblo tampoco. Tanto fue así que pronto hubo una lista de tres o cuatro fornidos mozos de Pous que podían haber intervenido en el fenómeno.

Maria Roderich, mal llamada la Vieja, rompió aguas de repente y, casi al instante, unos dolores terribles la encendieron. Sus alaridos, agudos y lastimeros, estremecieron las piedras de aquel caserón, desde el lagar hasta la buhardilla. Cuando los sirvientes comprendieron que el trance era ya inaplazable, iniciaron los preparativos para un acontecimiento tan comprometido y dos criadas salieron a procurarse a la única comadróna que había en Pous, Presentació. Al mismo tiempo, el señor Narcís ordenaba a Raül, el capataz, que corriera a telégrafos para enviar un despacho al doctor Lluch, de Rius, requiriendo su presencia inmediata.

Las dos criadas salieron dispuestas a recorrer medio pueblo, porque era sabido que a Presentació nunca se la encontraba en casa cuando era menester de urgencia. Mientras tanto, Rosa, la cocinera, puso a hervir ollas con suficiente agua como para limpiar y fregar lo que hiciese falta. Preparó además una más pequeña para hacer la infusión de hierbaluisa que, según se creía, calmaba los espasmos de la parturienta, e incluso otra de tomillo por si quedaba una herida abierta en algún lugar delicado.

Al lado de Rosa, y con la arruga torcida de la frente bien pronunciada, estaba ella, Úrsula, recortando paños de algodón y ordenándolos sobre la mesa limpia. Servirían para secar y limpiar. O para colocarlos empapados y calientes en la riñonada de Maria, y ayudarla en las contracciones. Separó los de textura más delicada para que fueran el primer pañal del recién nacido antes de vestirlo con las puntillas que ya tenía preparadas.

Pero el parto no sabía nada de esperas ni relojes, y las dos horas que el buen médico tardó en recorrer las mil veintisiete curvas que lo separaban de Pous obligaron a la matrona Presentació a tomar el mando, después de beberse a escondidas un vaso entero de Agua del Carmen para mejorar los reflejos y calmar la excitación. Una vez reconfortada, dio indicaciones que alteraron la Principal con un ir y venir de mujeres trajinando entre la cocina, el baño y la habitación.

Al dormitorio de la parturienta, y bajo la presencia serena del señor Narcís, que quiso asistir a su esposa contra el parecer de todo el mundo, empezaron a llegar ollas, trapos limpios que salían de allí ensangrentados, consejos, gritos, lamentos..., y rostros que dibujaban pronósticos espantosos. Finalmente, y tan sólo cinco minutos después de que llegara el doctor Lluch, apareció aquel cuerpo arrugado, empapado en sangre y humores fétidos. Una chiquilla minúscula que la Vieja no pudo ver porque los dolores y las pérdidas la habían hecho desmayarse.

Por voluntad de su padre le pusieron el mismo nombre de la madre, y fue bautizada al cabo de pocos días como Maria Blanca Basilissa Magí i Roderich, en una ceremonia mucho más discreta de lo que la gente de Pous hubiera querido.

Corría el año 1910, y con la llegada de aquel inesperado tesoro a la familia todo parecía encarrilarse. Pero a me-

nudo el destino decide por su cuenta y, cuatro meses después del nacimiento de la niña, el señor Narcís enfermó de donde le nacían los mejores sentimientos. Los médicos más eminentes de Rius y Barcelona buscaron en vano remedio, hasta que se resignaron a no tener ninguno. Ante tan precarias perspectivas, Narcís, que exigía se le informara del estado exacto en que se encontraba, prefirió regresar a la Principal para bien morir. Y pasado un mes y medio, tras pedir a su mujer que lo desnudara, se entregó sereno a la nada, sin siquiera un suspiro, como si saboreara un sueño sereno, posándose en brazos de su dueña hasta que la guarda le detuvo el corazón.

La Vieja quedó profundamente consternada. No había hallado en Narcís el amor principesco con el que había fantaseado ni al amante arriesgado que le alterara los sentidos, aunque sí a un compañero de rara y exquisita naturaleza. Cuando murió, Úrsula y mucha gente fabularon con que la señora buscaría a alguien con quien desposarse o, al menos, encamarse convenientemente. Pero no fue así. La Vieja dispuso sus sentimientos como una cebolla, y muy debajo de la aspereza de las capas externas guardó un núcleo siempre amoroso para el recuerdo de su marido. A partir de aquel momento, y de puertas afuera, sólo mostró las espinas y escondió las flores para siempre.

Entre valores, dinero y propiedades, Narcís le legó una fortuna nada despreciable. También cuadros, esculturas y, junto con el piano, toda una serie de objetos valiosos con los que había llenado la casa durante aquellos años, como si quisiera dejar delicados testimonios de su paso. Pero el legado más voluminoso fueron los libros: libros en los armarios, en las cajas, mesas llenas de libros; en cualquier rincón de aquella casa donde ese hombre se hubiera sentado más de tres minutos se podían encontrar libros. Tantísi-

mos, que la Vieja los reunió en una estancia espaciosa adyacente a la sala noble, y fueron suficientes como para abastecer una biblioteca que, presidida por un retrato del finado, suscitaba consideración y respeto en todos los que la visitaban, además de ornar la Principal con una pátina de cultura y refinamiento.

La viuda presidió la ceremonia de los funerales desde un estrado situado en el mismo presbiterio, en el lado izquierdo del altar, un privilegio exclusivo de los Roderich. Decían los testigos que rezaba sus plegarias con una vehemencia desahogada, mirando al cielo y sosteniendo a la niña contra su pecho, como si fuera un reclamo para que Dios bajase los ojos hasta ella. Al verla así, los feligreses murmuraban que con la fuerza de sus oraciones y la fragilidad de la pequeña quería enternecer a Nuestro Señor para que se apiadara de su marido. Aquella mujer sospechaba que, si sus convicciones religiosas tenían los cimientos que Narcís siempre había negado, a buen seguro él ya estaría ardiendo en los infiernos. Y, sinceramente, aunque Dios siempre tenía razón, ella estaba indignada.

A medida que el amodorramiento provocado por el oficio religioso le calmaba los temores, intentó una especie de esbozo filosófico sobre la fragilidad de los seres humanos, como un último homenaje a su Narcís o para esquivar el aburrimiento de una misa tan solemne. Pero el corsé la mortificaba y no respiraba bien. Había desayunado sin remordimientos y unas flatulencias le inflaban el vientre. Por suerte, el estrado estaba situado lejos de la feligresía y podía airear sus angustias mientras se acusaba de que en los últimos tiempos había engordado en exceso. Allí, encima del presbiterio y en aquel momento ceremonioso, juró abstenerse de lo que hiciera falta para no acabar siendo una mujer fofa y rechoncha.

Hasta que pesó 123 kilos no dejó de perjurar. Ella decía que comía poco, que se engordaba de los nervios, e incluso la cocinera, que no cesaba de satisfacerla, le daba la razón. Fuera como fuese, la grasa insistía en llenar las curvas que le quedaban por embutir y en crear otras nuevas a fuerza de lorzadas inesperadas, que repartía por toda la anchura de su anatomía. Eran los nervios. No se le llevaba la contraria a una señora, y menos a la Vieja de la Principal.

Por cierto, Rosa, la cocinera, murió dos años después del nacimiento de la niña. Hay que decir que, viéndoselas venir, y conociendo la nueva inquietud de su señora, le recomendó a una colega llamada Neus, una chica de unos treinta años, con un hijo de dos y embarazada de seis meses, y todo ello sin un padre al que señalar. La Vieja nunca la habría escogido, en ese estado y circunstancias, pero la fama que la precedía y la semana que la tuvo a prueba la persuadieron de que, aunque no la necesitaba porque ella ya se engordaba de los nervios, se la quedaría.

Su peso desmesurado, y los dolores que éste le producía, indujeron a los médicos de Barcelona a descubrir que tenía la columna vertebral bífida y que, si no lo remediaba con continencia, en pocos años perdería movilidad y aumentarían los dolores hasta amargarle la existencia. Desgraciadamente, ni los nervios ni Neus le permitieron adelgazar, y en pocos años los pronósticos se cumplieron. Ya antes de alcanzar el volumen definitivo, desplazar aquel cuerpo al ritmo de sus cavilaciones le resultaba dificultoso. Por otro lado, cada día que pasaba en soledad acumulaba motivos para prever un futuro en el que los placeres escasearían. Así que, para no desfavorecer a Neus, optó por encargar una silla gestatoria, modesta inspiración de la que había dibujada en una estampita vaticana que guardaba en la mesita de noche. De ese modo, cuatro portadores la montarían so-

bre sus hombros para llevarla cuando fuera necesario y hasta donde ella mandase sin tener que retenerse en sus apetencias.

Durante la elaboración de esa silla, que ejecutó Ramon, el mejor carpintero del pueblo, la expectación de los ciudadanos de Pous fue entusiasta y creciente. Al caer la tarde, los hombres regresaban apresurados del campo para arreglarse un poco y encaminarse con sus endomingadas mujeres hacia la carpintería para observar cómo se iba construyendo la Gestoria, que era como la gente había decidido amputar el nombre de aquel enser.

Pronto se tuvieron que organizar pequeñas colas para agilizar y mejorar la visita al carpintero. Al principio, a Ramon ya le parecía bien, por fin se sentía merecidamente halagado con un encargo de filigrana que además lo convertía en el centro del reducido mundo de Pous. Hasta que la comadrería comenzó a congregarse allí a tanta gente que tuvo que remediarlo trabajando a puerta cerrada, con pestillo interior, para poder disponer de cierta paz creativa y no desvirtuar el proyecto.

Hay que dar por sentado que al clausurar la puerta se desataron todo tipo de maledicencias. La más extendida la propagaron las dos hermanas beatas del apotecario; según ellas, que la Vieja deseara una gestatoria a semejanza de la que utilizaba el papa de Roma era un acto irreverente hacia los poderes superiores, que ya se encargarían de que la silla no saliese nunca de la carpintería. En todo caso, y fuera como fuese, en Pous no se habló de nada más mientras duró la ejecución del singular pedido.

El día en que aquel mueble se tuvo que trasladar desde la carpintería hasta la portalada de la Principal, se organizó espontáneamente algo más parecido a una procesión que a la entrega profesional de un encargo. A pesar de las

protestas de Ramon, que sufría para que el artilugio llegara indemne, un grupo de ciudadanos se lo cargó a hombros entre bromas y escarnios. La señora, avisada de tanta expectación, se entretuvo atusándose los volúmenes para bajar a continuación con ademán solemne.

Se hizo un silencio expectante. Ella miró y remiró aquel mueble, de un lado a otro, de arriba abajo, y al final, para gran alivio del gentío, nombró a los cuatro trabajadores de la casa predestinados a ser los portadores forzados al sacrificio. Les hizo levantar la silla y les ordenó que probasen a conducirla por las calles más estrechas del pueblo, y, para que la carga fuese la adecuada, ordenó a Úrsula y a Neus que se encaramasen al artilugio, puesto que un ensayo sin «un poco» de peso no sería fiable.

Y así partió la comitiva, con los portadores tambaleándose mientras se acostumbraban a manejar los desequilibrios de aquel mueble, lo que por cierto resultaba bastante doloroso porque Ramon no había previsto forrar los travesaños de la Gestoria con algún tejido almohadillado que suavizase la madera, que se les clavaba en los hombros. Y todavía más teniendo que soportar el peso de Úrsula y de Neus, que eran la chanza del corro de fisgones.

De subida hacia la iglesia ya se oían los resoplidos de los portadores, sobre todo de los de atrás, que, sorprendidos por la novedad, procuraban esquivar las mofas de los acompañantes y la flojera de las piernas. Después giraron hacia el lado derecho del templo, donde había tres callejones difíciles de enfrentar, en especial el segundo, que combinaba un ángulo cerrado, una subida pronunciada y una pared esquinera muy salida que, si no se encaraba bien, podía hacer que la mula más experimentada se dejara allí los serones. Hicieron y rehicieron tantas maniobras como fueron precisas y alguna vez bordearon el infortunio, secre-

tamente deseado por muchos de los espectadores pouenses. Pero al final el ensayo concluyó a gusto de todos y, todavía con Úrsula y Neus subidas al sitial y exhibiendo a esas alturas una pátina trascendente, regresaron a la Principal sin hacerle ni un rasguño a la Gestoria.

La Vieja los recibió a pie de calle y, después de escuchar el detallado dictamen en la portalada misma, eligió una tela, unos cuantos cojines y, con voz lo bastante alta como para que la oyera todo el mundo, ordenó que preparasen lo necesario para el próximo domingo: iría a oír misa a la capilla del Mas Gran encima de la silla.

El aviso fue recibido y pregonado al instante, y ese domingo, en Pous, hubo una procesión inaudita: la Gestoria, las gasas de la Vieja volando por encima de los portadores, los criados de la Principal siguiendo detrás, toda la chiquillería corriendo alrededor y, por supuesto, el público de Pous, que se incorporó para ver pasar al séquito, unos fascinados por el original espejismo y otros rogando a los infiernos por un buen tropezón que desbaratase el desfile. Pero al final ya se sabe que la magnitud de la asistencia determina la categoría de un acontecimiento. Y, ciertamente, el estreno de la Gestoria fue un éxito, y se habló de ello durante años.